

OSCAR ZORRILLA NERAC

Margarita de Angoulême, duquesa de Alençon, reina de Navarra, ya no quiso vivir en una ciudad desordenada, donde la mayor parte de sus habitantes había perdido la razón, el buen humor y, decía ella, el mismo cielo su color. Habiendo recorrido hasta el agotamiento el camino que lleva del deseo a la frustración, de la ambición a la derrota, de la pasión al resentimiento, esta vez construyó un castillo en todo semejante a los que aparecen en el libro de horas del duque de Berry. Porque para vivir, añadía, se requiere de una dosis de alegría cotidiana y de cordura, ya no digamos del gusto e imaginación visibles en las miniaturas de los hermanos de Limbourg.

Así que tuvo que buscar su espacio entre los viñedos de Nérac: pequeños ríos con barcas flotando, colinas llenas de encinos, carromatos listos para las futuras vendimias, arbustos adosados a los muros y frutales en flor; un horizonte, constelaciones, y el tibio sol de la tarde tirado por caballos alados durante todo el mes de abril. Para nada esos torpes jardines geométricos diseñados para la fortaleza de su hermano, en Chambord, ni tampoco la húmeda combinación de líneas horizontales y frontones pertenecientes a una supuesta antigüedad: el espíritu griego se da actualmente en el *Tratado de las Leyes*, de Pléthon / Nosotros proclamamos una eternidad para el alma del hombre, no a medias, ni coja, sino íntegra y completa /, y no en las pretensiones de ambiciosos arquitectos: veinticuatro macetones, uno frente a otro, mastines que devoran ciervos, veinticuatro escalones, un juego de agua con el inevitable Neptuno... ¡No!

Calvino, que recientemente ha huido de París, la escucha nervioso, ya que a pesar de su primer escrito de sabor erasmiano, *De Clementia*, es más dado al apego irrestricto de las Escrituras que a la filosofía "extranjera" de los florentinos, siguiéndola paso a paso por la construcción fantástica: un alto recinto plateado lleno de torres puntiagudas, un claustro románico, una capilla del gótico llameante, ahora moribundo, y una biblioteca con arcadas que miran al pozo, el piso enladrillado y el artesonado de madera oscura que la reina alguna vez ha contemplado en la casa Graslío.

Por los rincones, en los nichos, en los capiteles, es posible observar todas las figuras y metamorfosis de un vasto sueño colectivo, en donde se mezclan las inquietudes, las esperanzas y contradicciones de la religión popular, labradas por escultores aparentemente ingenuos, en lucha perenne contra las leyendas paganas: las tentaciones de San Benito y las de San Antonio, la estrella de ocho puntas y el ángel que despierta a los Reyes Magos, escenas del Apocalipsis y del propio San Juan en la isla de Patmos; imágenes sin duda tomadas de los viejos monasterios de Cluny, Véselay, Chauvigny, Autun, y que se asimilan sin esfuerzo a las pesadas cruces cátaras y a las altas cruces procesionales recubiertas con lámina de oro, incrustadas de piedras semipreciosas y de perlas

sonrosadas, alternando con los esmaltes del león, el toro, el águila, el Hombre...

Y sólo para sí, algo que la fiera censura de la Sorbona jamás hubiera perdonado: un patio interior de estilo mozárabe, donde todos los mensajes son reducidos a silencio y donde sólo hay lugar para la unción, sin figuras, con el verdadero Amor... patio adonde ningún condestable de Montmorency venga ya nunca a perturbar al rey, el amado y odiado y amado Enrique d'Albret / *Ils s'en vont, ces rois de ma vie* /. Lugar que Margarita se niega a mostrar al hijo de Gérard Cauvin: todos contamos con una habitación secreta, le indica, hecho que permite que el exaltado ex-sacerdote y jurista parta, en definitiva, para Basilea, vía Noyon.

Curiosa mezcla, en efecto, producto de un carácter severo y afable, capaz de hacer frente al mismo emperador Carlos Quinto, de negociar el tratado de Madrid, de acompañar a Francisco en sus batallas de Lyon y de los estados provenzales y, sin embargo, profundamente dulce y dada a la quietud y al pietismo que le ha traído su guía, Le Fèvre d'Étaples, el seguidor de Erasmo y discípulo del Ficino y de Platón / Cuando este hombre, apaciguado en la parte en que reside la cólera, descansa, tranquilo y sin resentimiento; en fin, cuando todo duerme en él menos la razón, que se mantiene despierta, entonces es probable que se encuentre más próximo a ver la verdad /... Capaz, finalmente, de proporcionar albergue y seguridad, por primera vez en la corte, a científicos que llevan a cabo experimentos desautorizados por la Iglesia, a médicos que desean probar a su vez la existencia de una corriente sanguínea, a matemáticos y astrónomos que refutan la idea de la tierra como centro del Universo, no obstante la pública abjuración de Galileo; a escritores que profesan, si no un ateísmo abierto, por lo menos una actitud irreligiosa y anticlerical que puede abatir sobre ellos la excomunión; a serios alquimistas y a ocultistas audaces, a quienes la Margarita de las Margaritas escucha con deferencia, los largos ojos rasgados y sonrientes, la boca dubitativa, algún gozque entre los brazos, y a quienes acoge o despide con semejante benevolencia y respeto, sin caer en las trampas que le tienden bajo el nombre de sabiduría absoluta, religión única, o amistad particular, sin ceder en su fuero interno sino sólo a la sorpresa que le aporta de cuando en cuando su calidad de curiosa universal.

Maurice Scève le ofrece un Microcosmos, como muestra cercana del mundo abigarrado y en orden que ella misma propicia, en donde Adán-la-Humanidad participa de la energía divina para gozar de una era renaciente; y Hélisenne de Crenne y Louise Labé la regalan con vehementes ensayos sobre la igualdad en el genio, en el derecho de disponer de sí y en la necesidad de ser tratados como sujetos sensibles, lo mismo la mujer que el hombre. Bertrand de la Borderie aguza sus flechas contra las amigas cortesanas, mientras Héroët, el más íntimo, defiende la perfección de la amistad, y



Marot, ligero, responde con risueña nostalgia / Qui voudra donc qu'à aimer je me fonde / Il faut premier que l'amour on refonde / Et qu'on la meine ainsi qu'on la menoit / Au bon vieulx temps /.

Los visitantes que de continuo acuden, recorren encantados salas y galerías y se detienen ante los muros cubiertos de tapices: los muy antiguos, de Ladik, mezcla de rojos, azules y ocre, en cuya parte central se conserva el diseño del Mihrab; los más recientes, de Ushak, en rojo mate y azul cobalto; algún original del siglo XI, traído de la catedral de Gerona, en oro, rojo y verde, con el Cristo, el Espíritu Santo y los Arcángeles; y más allá Guillermo el Conquistador navegando hacia Inglaterra, en el tosco estilo de Bayeux. Los más inquisitivos fijan su mirada en los recios muebles españoles, sobre los cuales se alternan patenas y cálices de fino trenzado en oro, de Gourdon, copas blancas decoradas al estilo de Samarcanda, vasos sirios de vidrio con reflejos metálicos, jarrones opacos de color turquesa, cofres pintados a mano con remates de bronce, biblias belgas con cubierta de marfil, y relicarios de Metz y de Conques. Los más conocedores, aquéllos que asimismo son mayormente conocidos de la casa y que incluso tienen acceso a las salas de descanso y a algún dormitorio, descubren cerca de una ojiva o bajo algún espaciado tragaluz, magníficas tablas al óleo de Enguerrand Quarton, la Coronación de la Virgen y su compendio escolástico, o la terrible Piedad de la escuela de Avignon con su Jesús partido en dos; o bien, una serie de maravillosos Jean Fouquet: San Esteban y su tonsura sangrante; San Pablo caído

sobre su caballo, en el camino a Damasco, mientras una fina lluvia solar descende sobre su cuerpo ante la mirada atónita de una larga fila de caballeros, en tanto que extraños seres humanos de otra edad, cubiertos de vello dorado, sostienen floridos escudos; y, tan bella como desconcertante, la Madona amarilla, rapada y con un seno al descubierto, con su niño amarillo y desnudo, coronada de perlas y rubíes descomunales y rodeada de serafines desnudos, en total azul o rojo, distraídos, soñadores de un más allá anhelado. La reina puede mostrarles el retrato que le hiciera Clouet y bromeará sobre su nariz aguileña, pero en realidad dirá que prefiere —a la que ya le parece exhuberante escuela de Fontainebleau— la más delicada inspiración del maestro de Moulins y sus soles-arcoiris, la zarza ardiente de Froment, y las amplias estancias en claroscuro del maestro de Aix, con sus rincones poblados de azucenas y murciélagos.

Dolet cuenta, como hazaña quizá no repetible, que la propia reina ha desenvuelto para él una larga pintura de tonos suaves y brumosos. Las cien ocas salvajes, atribuida a Ma Fen, pero de la cual duda sobre la autenticidad de la firma y aun sobre el período a que pertenece y, recuerda el impresor, cómo analiza en detalle el estudio de movimiento independiente que cada oca representa, ya sea en descanso, o sumergiéndose para la pesca, o remontando el vuelo y en suspenso en el vacío, justo antes de caer entre los bambúes estilizados. . . Algo aproximado, explica, únicamente lo hemos contemplado en algún friso egipcio, cuando los gansos en reposo, a orillas del Nilo, levantan el vuelo y ascienden por toda la

pared del templo... me pregunto si alguna vez esta pintura que ahora se inicia podrá captar con tanta gracia el éxtasis que resiente el artista ante la Creación, de la cual es apenas espectador e instrumento... exactamente como Gulielmus o des Prez teclean en su espineta...

Porque la música también ocupa un lugar preferente en esta tierra de elección, y poetas y trovadores y pajes y doncellas ayudan a la descendiente de la casa de Valois a amueblar el espacio sonoro con motetes a los que se une la débil voz de la reina / Par amour, je vous en prie / Non feray /, con lamentos monofónicos / Beau fils je vous allaitai / Maintes fois vous arrangeai / Tout petit /, o con tiernas baladas amorosas, ya casi en el olvido, de Ricardo Corazón de León, de Perrin d'Agincourt, o de Alfonso el Sabio. Vihuela en mano, alguien accede a entonar los prohibidos romances sefaradíes / Una hija tiene el rey / una hija regalada /, melodías del Cancionero de Palacio y aires anónimos de marineros catalanes y portugueses cautivos / Si vols haver bé e no dan / por advocat té sent "Jo ha'n"/.

Palacio que se entrega demasiado al bullicio, en efecto, para el humor del síndico de la Facultad de Teología de París, Noël Béda, quien reclama que peores excesos no se han conocido desde los desventurados tiempos sensuales del italiano Boccaccio, al cual imita en ocasiones la propia Margarita, cuando escribe, y al cual en verdad tienen presente los narradores que se instalan junto a las chimeneas para hacer reír a un auditorio que festina las conocidas historias de Chaucer, las aventuras sin recato de Rabelais y los incisivos ataques de Pierre Gringoire al Papa y a su altanero ejército de suizos y venecianos, en caza abierta contra el Ciervo de los Ciervos.

Tal es el clima y el espacio que se ha construido la reina, en vez de la envenenada capital, mitad venganza, mitad tugurio, y hasta ellos acuden quienes desean saber, o los perseguidos, los innovadores, los estigmatizados, a sabiendas de que podrán permanecer ahí mientras verdaderamente lo quieran, en un marco que más parece descrito por Gozzoli, pero que a la vez participa del tono festivo trazado en sus danzas por el flamenco Aertsen, y que desemboca en constantes triunfos, ya sea a la manera de della Francesca, con unicornios y Eros conduciendo el carro de la Sforza, o a la manera como triunfan la castidad, la muerte, la fama, la Divinidad / Y en tanto que ser libre allí soñaba / el alma, a quien deseo extraño mueve / descansa con mirar lo que pasaba /, ya que un grato silencio se obtiene cuando los lectores más prestigiados retoman al Petrarca o releen a Plotino / Como filósofos buscamos la Unidad, el principio de todo, lo bueno, lo primero... / La dificultad es que el apercebimiento del Uno no viene por el conocimiento sino por una presencia que da conocimiento... / Lo que os urgimos es a que abandonéis la vana discusión... /.



Así, como escribe Burckhardt, en tanto que obtusos defensores del medievo consideran a este mundo como un valle de lágrimas, que el Papa y el Emperador deben proteger del Anticristo, y mientras los fatalistas del inmediato Renacimiento oscilan entre períodos de abundante energía y de superstición o de resignación estúpidas, aquí, de este círculo de amigos, fluye una corriente que alimenta a toda una corte, a un país, a una época. Como en otros momentos la Academia de Atenas, o las de Alejandría, Bizancio o Florencia, la corte de Nérac trae salud a los sabios y artistas de su tiempo.

Pero las reinas y los castillos y las utopías suelen ser pasajeros, como plantas maravillosas que surgen de improviso, dan flor y fruto, irradian fuerza, y de improviso también a sí mismas se incendian y consumen, dejando la impresión de un milagro que se da cuando la sociedad lo requiere.

El exilio, la destrucción, la vida errante, la censura, aguardan y acompañan a d'Etaples, a des Périers, a Marot, a Rabelais, a Margarita de Angoulême, e incluso la hoguera de Juana se levanta para quemar vivo a Etienne Dolet. Calvino, ex-compañero, impreca riguroso una nueva ortodoxia, y los trajes que pareció haber diseñado Ucello, y las flores y los bosques cuidadosamente dibujados por Hennequin, Hermann y Pol de Limbourg, se encierran como en un simple libro de horas, para ceder el paso a las negras banderas y a las caballadas fanáticas de católicos y hugonotes, en forma que la sangre, la ceniza y el llanto sean constitutivos de la historia del abuso y la equivocación de Europa.